

María Coduras Bruna, *Por el nombre se conoce al hombre. Estudios de antroponimia caballeresca*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza (Humanidades, 116), 2015, 372 pp., ISBN: 978-84-16272-70-9.

Antes de partir Perceval en busca del “rey que hace caballeros”, su madre le aconseja: “Biax fix, encor vos veil dire el / que en chemin ne en hostel / n’aiez longuement compaignon / que vos ne demandez son non; / et ce sachiez a la parsome, / par le sornon connoist on l’ome.” (vv. 557-560, *Li Contes del Graal*, ed. M. de Riquer, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985, p. 113). Que “por el nombre se conoce al hombre”, esto es, que el nombre expresa la esencia de las cosas que designa, es de lo que, en definitiva, nos habla el presente libro, un estudio que tiene como punto de partida la tesis doctoral de María Coduras, titulada *La antroponimia en los libros de caballerías españoles: el ciclo amadisiano* (Universidad de Zaragoza, 2013, <<https://zaguan.unizar.es/record/12557/files/TESIS-2013-108.pdf>>). La presente edición es una versión reducida y actualizada de esta investigación, en la que la autora va desgarrando el significado de los antropónimos de los 1225 personajes que desfilan por las páginas de los trece libros (o diez obras) que integran el ciclo amadisiano.

Abre el libro una breve “Introducción” (pp. 9-14) en la que Coduras define el contenido de los diferentes capítulos que lo conforman, así como los objetivos de cada uno de ellos, con la finalidad de “encarecer la importancia y el papel que el estudio de la antroponimia puede reportar al investigador literario o de cualquier otro campo de las Humanidades en la interpretación y conocimiento de los textos” (p. 13).

Los capítulos 1 (“Hacia una historia del nombre propio”, pp. 15-32) y 2 (“Hacia una teoría del nombre propio”, pp. 33-48), nos ofrecen el marco teórico e histórico del estudio de la antroponimia, en los que se traza un panorama general del nombre propio y las teorías vertidas acerca del mismo desde diferentes campos de estudio. De esta manera, en el capítulo primero, se inicia el recorrido en la Antigüedad clásica, remontándose al *Cratilo* de Platón, para ocuparse después del nombre propio en la gramática y retórica medieval y de los siglos XVI-XVII. Se detiene especialmente en las ideas de fray Luis de León expuestas en *Los nombres de Cristo* (1585) pues, si bien esta obra es posterior a los libros amadisianos analizados, le interesan por “hundir sus raíces en doctrinas de la Antigüedad que circulaban en otros autores patrísticos anteriores” (p. 30). En el capítulo 2, se examinan las teorías más recientes acerca de la onomástica (fijándose solo en la antroponimia, no en la toponimia), partiendo de las definiciones del nombre propio que se encuentran en diccionarios y gramáticas. Estas fuentes, de acuerdo con la autora, por lo que respecta al nombre propio literario, ofrecen definiciones a todas luces par-

ciales y, en consecuencia, insatisfactorias a la hora de aplicarlas al nombre propio literario y en particular al caballeresco. Trata de demostrar entonces que cualquier definición del nombre propio elaborada desde una parcela concreta de las Humanidades será parcial, por lo que la autora reclama una visión interdisciplinar “que proporcione una teoría rica y completa acerca de la naturaleza y función del mismo” (p. 36), fijándose en la formulada por Willy van Langedonck en *The Theory and Typology of Proper Names* (2007) que examina con detenimiento. Una vez, por tanto, expuestas las principales teorías elaboradas desde diferentes disciplinas como la Lingüística o la Filosofía acerca del nombre propio y a la vista de que ninguna resulta adecuada para el estudio que la autora pretende llevar a cabo, aporta a continuación una serie de reflexiones a partir de las que esbozar una poética del nombre propio literario para el que toma como base el caso caballeresco.

En el capítulo 3, “Un estado de la cuestión de la antroponimia literaria medieval y áurea” (pp. 49-72) se repasan las aportaciones dedicadas al estudio de la antroponimia en obras de la literatura medieval y áurea y sus paralelismos y divergencias con la caballerescas: desde la lírica popular y refranero, pasando por la épica y el romancero, el *Libro de Buen Amor*, *La Celestina* y el género celestinesco, la novela sentimental, la pastoril, la bizantina, la novela morisca y la picaresca, hasta llegar al *Quijote*, el teatro del Siglo de Oro, poniendo punto final a este amplio recorrido Baltasar Gracián, cuyas obras, entre ellas la *Agudeza y arte de ingenio* (1648), contienen algunas de las teorizaciones sobre la formación nominal que son de gran interés para la comprensión de la antroponimia caballerescas.

En el siguiente capítulo, el 4 (“Un estado de la cuestión de la antroponimia artúrica y amadisiana”, pp. 73-86), la autora examina de manera exhaustiva los trabajos fundamentales que se han dedicado no sólo al estudio de la antroponimia de textos artúricos, sino también aquellos que abordan otros aspectos, como el *enromancement* o ficcionalización, es decir, la imposición de nombres de la ficción a personas reales. Seguidamente repasa los estudios fundamentales sobre la antroponimia en los libros de caballerías españoles y en concreto en el *Amadís de Gaula*. En esta obra Garci Rodríguez de Montalvo crea alrededor de 270 personajes, número que a cada entrega aumenta de forma considerable hasta alcanzar la cifra de más de un millar de personajes con la última continuación de Feliciano de Silva. Por ello, en el capítulo 5, “Antroponimia y superpoblación. Los árboles genealógicos como herramienta de estudio” (pp. 87-95), Coduras plantea que los autores de las continuaciones necesariamente trabajarían con listas, esquemas o, en concreto, con árboles genealógicos para evitar errar en la creación de nuevos personajes y en la filiación de estos a su linaje. Si bien no se ha conservado testimonio alguno que de fe de la existencia de estos árboles, sí parece probarla el *Albero della genealogia di*

Perione re di Gaula disteso da Mambrino Roseo da Fabriano (Roma, Vitale Mascardi, 1637), una tabla genealógica de los héroes del ciclo español de Amadís de Gaula redactada por el adaptador del ciclo original al italiano y hallada en 2010. Esta cuestión lleva a la autora a considerar, por último, la presencia de árboles genealógicos en obras literarias pertenecientes a otros géneros, como el historiográfico, o en textos como la *Genealogia deorum* de Giovanni Boccaccio.

En los capítulos 6 a 14 se analizan los rasgos antroponímicos de cada una de las diez obras que componen el ciclo amadisiano. El capítulo 6 (“La antroponimia en el *Amadís de Gaula* y en las *Sergas de Esplandián*”, pp. 97-113) nos adentra en las dos obras de Garci Rodríguez de Montalvo. Coduras examina, en primer lugar, la profunda huella que la materia artúrica (y en concreto los ciclos de la *Vulgata* y la *Post-Vulgata* y el *Tristan en prose*) imprimieron en el *Amadís* primitivo y en la refundición y continuación del medinés, quien seguramente las conocería a través de las versiones hispánicas contemporáneas del *Tristán de Leonís*, la *Demanda del santo grial* y el *Baladro del sabio Merlín*). En segundo lugar, examina la antroponimia procedente de la materia troyana para, a continuación, atender a las peculiaridades de la onomástica propia de Rodríguez de Montalvo en su Libro Cuarto del *Amadís* y en las *Sergas*.

Los capítulos 7 a 14 están consagrados a cada una de las entregas posteriores, que Coduras analiza en orden cronológico, alejándose de la clasificación en obras heterodoxas u ortodoxas, como ya había dejado claro en la introducción, “con el fin de ofrecer una serie de convergencias, divergencias e influencias en una secuencia lineal, lo que creemos favorece la interpretación antroponímica” (p. 12). De esta manera, estos capítulos tratan, siguiendo el orden de publicación, el *Florisando* de Páez de Ribera, 1510 (cap. 7, pp. 114-122), el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva, 1514 (cap. 8, pp. 123-135), el *Lisuarte de Grecia* de Juan Díaz, 1526 (cap. 9, pp. 136-146), el *Amadís de Grecia* de Feliciano de Silva, 1530 (cap. 10, pp. 147-162), la *Primera y segunda parte de Florisel de Niquea* de F. de Silva, 1532 (cap. 11, pp. 163-174), la *Tercera parte de Florisel de Niquea* de F. de Silva, 1535 (cap. 12, pp. 175-188), el *Silves de la Selva* de Pedro de Luján, 1546 (cap. 13, pp. 189-196) y la *Cuarta parte de Florisel de Niquea* de F. de Silva, 1551 (cap. 14, pp. 197-212). Los capítulos presentan una misma estructura: los dos primeros apartados están dedicados a ofrecer datos antroponímicos y a examinar los mecanismos de formación nominal, respectivamente, reservando el resto de cada capítulo para explicar las preferencias antroponímicas de cada uno de los escritores que dieron continuación a las aventuras de Amadís de Gaula. Nos adentra Coduras de esta manera en el taller de escritura de cada uno de estos autores, desentrañando las peculiaridades de los nombres propios que cada uno de ellos agregaron en cada

una de sus entregas, motivados por sus lecturas, vivencias personales, religiosas, etc. Nos muestra la autora, por ejemplo, cómo los antropónimos creados por Páez de Ribera, primer continuador del ciclo, difieren de los del *Amadís* primitivo y de la refundición y las *Sergas* de Rodríguez de Montalvo, optando aquél por otorgar a sus personajes nombres procedentes del santoral, decantándose principalmente por aquéllos de origen latino, acorde con la orientación adoctrinadora y ejemplar que quiere conferirle al *Florisando*. Es Feliciano de Silva, no obstante, el autor que sienta desde su primera contribución, el *Lisuarte de Grecia*, obra de juventud, las bases del universo caballeresco que vendrá después y el que se erige como el gran y verdadero continuador de la antroponimia amadiasana, sobre todo de la grecolatina y que, a cada entrega, se vuelve más transparente. En él, por ejemplo, se percibe la influencia de la *Crónica del rey don Rodrigo* o *Crónica sarracina*, de Pedro del Corral. Por otra parte, Juan Díaz, autor del heterodoxo *Lisuarte de Grecia*, de escaso éxito, no innova en cuanto a formación antroponímica, manteniendo los mecanismos compositivos de Rodríguez de Montalvo. Y, finalmente, Pedro de Luján, seguidor de las entregas anteriores, en su *Silves de la Selva* se inclina, como Feliciano de Silva, por nombres transparentes de raíz grecolatina que delatan las lecturas de un humanista. Todos los datos aportados hasta aquí se hacen visualmente más atractivos e impresionantes al final del capítulo 14, donde Coduras elabora unas conclusiones generales de las entregas del ciclo amadisiano, y en las que ofrece datos numéricos y estadísticos que permiten percibir, si cabe aún más, esa superpoblación de personajes y el equilibrio entre figuras masculinas y femeninas que consigue, sobre todo, Feliciano de Silva, al conceder a las mujeres un papel más relevante dentro del ciclo, argumentalmente hablando.

El análisis de todos los libros del ciclo amadisiano conducen a la autora a elaborar tres capítulos finales en los que aborda cuestiones más generales. Así, el capítulo 15 (“La funcionalidad del nombre propio en los libros de caballerías”, pp. 213-249), está dedicado al estudio de la funcionalidad del nombre propio, estableciendo una clasificación de los antropónimos por categorías, algunas de las cuales ya estaban presentes en la literatura artúrica (tales como la *ocultatio*, *retardatio* y *desvelatio nominis*) a las que vienen a sumarse otros mecanismos como la *usurpatio*, u otros de carácter más particular a cada uno de los autores como la *inventio nominis* o la *hereditatio nominis*. Conforme avanza el ciclo, nos explica Coduras, prolifera la *similitudo nominis*, siendo a la vez característica en las entregas la *absentia nominis*, a las que cabría añadir otras como la *impositio nominis* o la *mutatio nominis*. Un último apartado de este capítulo se reserva para tratar del sobrenombre, otra gran vertiente de la antroponimia caballeresca. El capítulo 16 (“El nombre como espejo del alma”, pp. 251-272), nos muestra cómo la antroponimia

nimia determina el carácter maniqueo y plano que manifiestan los personajes, de manera que “los personajes de signo positivo construyen su nombre a partir de unos formantes que remiten a la belleza, los sentimientos, el liderazgo, o a elementos de la naturaleza como la flora o el mar, siempre conectados con la hermosura. Por el contrario, los personajes de signo negativo lo hacen a partir de otros que se refieren a la agresividad, la fealdad, la estulticia o la maldad” (pp. 251-252). Dedicar entonces el capítulo a examinar los formantes, raíces, prefijos o sufijos, que confieren al personaje la identidad deseada por el autor mediante el nombre propio. En el último capítulo, el 17 (“El arte de la homonimia o la reconstrucción antroponímica”, pp. 273-283), se explora la influencia de la antroponimia amadisiana en otros libros de caballerías posteriores, así como el posible influjo en el ciclo de obras anteriores como el *Palmerín de Olivia* (1511).

Finalmente, el volumen se cierra con un capítulo de “Conclusiones” (pp. 285-299), al que sigue la “Bibliografía” (pp. 301-328) y dos juegos muy útiles de índices, uno de nombres del ciclo amadisiano (pp. 329-362) y otro de sobrenombres (pp. 363-366), que son una versión reducida del DINAM (*Diccionario de Nombres del Ciclo Amadisiano*) consultable en <<http://dinam.unizar.es>>, donde, además de la base de datos, pueden visualizarse unos extensísimos árboles genealógicos que, por sus dimensiones, no se reproducen en este libro.

Se trata, por tanto, de un buen estudio, llamado a convertirse en texto de referencia, pues abre nuevas líneas de acercamiento a la obra literaria porque, como nos ha demostrado Coduras, el estudio del nombre propio puede llegar a arrojar nueva luz sobre fuentes empleadas por el autor, los nexos de unión con otros géneros, o la difusión y recepción de la obra a través de la ficcionalización, etc. La única objeción que puede hacerse es que, en esa operación de reducción de la tesis, hay apartados en los que se echa de menos la citación de referencias bibliográficas que orienten al lector interesado en profundizar en algún aspecto, como por ejemplo, en el apartado dedicado a la historia del nombre propio en la Antigüedad (pp. 16-17). Pero quizá se trate de una apreciación muy subjetiva, porque el sacrificio de ciertos materiales de la tesis ha revertido en unos capítulos equilibrados en cuanto a contenido y extensión, redactados en un estilo sencillo y depurado que hace que el lector se familiarice rápidamente con la materia explicada, a lo que además contribuye positivamente un apartado de “conclusiones” que cierra cada uno de los capítulos. Bienvenido sea, pues.

Lourdes Soriano Robles
 IRCVM – Universitat de Barcelona
 lsoriano@ub.edu